

Los estoicos antiguos y Spinoza

Nos corresponde ahora comparar algunos puntos de los estoicos y Spinoza. Los términos de la comparación se reflejan en los índices correspondientes a los capítulos anteriores y ya están delimitados por nuestro análisis previo: para ambos, el hombre es parte de la naturaleza; de ella deriva su razón, la cual a su vez es el fundamento de la sabiduría. En el caso de la Stoa, la razón controla lo que puede surgir del impulso primero; en el caso de Spinoza la razón no puede controlar por completo lo que puede surgir del conato o deseo, pero los dos plantean una libertad que tiene como base la razón misma - enraizada ella en la naturaleza- aunque toda acción humana obedece a causas antecedentes y necesarias. Nos referiremos a lo que atañe a la naturaleza y el lugar de los humanos en ella, a los nexos entre el impulso primero o el conato y la razón; a la relación entre conocimiento y libertad, *kazékonta* y norma recta de vida; a la conexión entre determinismo, libertad y responsabilidad, y al sabio, en ese orden.

11. Naturaleza

Llegamos a comprender qué es la naturaleza para los estoicos mediante su cosmología. Según aquellos, de la combinación del principio activo, inteligente, que todo lo penetra (fuego creador o *pneýma*) con el principio pasivo, materia sin cualidad, surge todo lo que existe. El principio activo no aparece separado de la materia y es idéntico a razón, *lógos*, o Dios. De esta manera, se afirma una única realidad (el cosmos es uno, decía Zenón, DL 143); Dios no es distinto del mundo. Los principios mencionados son increados, de modo que el mundo no ha sido creado de la nada;

en la naturaleza no hay vacío y en Dios o -lo que es igual- la naturaleza encontramos la causa eterna de todas las cosas, razón por la que lo que es, es en aquella. El hombre es parte de la naturaleza por estar constituido de los mismos elementos del cosmos y está sujeto a las leyes que rigen en este. Dios -o el hado- es la causa de todo.

En Spinoza no encontramos una cosmología; para entender qué es naturaleza, es necesario partir del concepto de la substancia infinita que, por ser tal, es omniabarcadora; por consiguiente no puede existir Dios por un lado y substancia por otro: substancia o Dios es lo mismo. La característica de infinito dice, de por sí, que tampoco pueden existir separadamente Dios y la naturaleza: esta es el ser eterno e infinito al que también llamamos Dios. En este caso, "eterno" se opone a "creación de la nada". En la naturaleza spinoziana el vacío es asimismo inaceptable. Dios es igualmente causa de todo y lo que es, es él. Nada hay fuera de la naturaleza; el hombre es una modificación de aquella. Quedan así los humanos sujetos a las mismas leyes naturales, leyes que tienen carácter necesario, tanto para los estoicos como para "el israelita". Ni para este ni para la Stoa es concebible el azar; lo que llamamos contingente es juzgado, en ambos casos, como una deficiencia de nuestro conocimiento.

Cuerpo-alma pertenecen al mismo orden; son uno y mismo individuo pero entre los estoicos y Spinoza está la impronta cartesiana, de manera que para el segundo podemos concebir al sujeto bajo el atributo del pensamiento o bajo el atributo de la extensión. O ¿acaso se podrá decir con Long que "la Naturaleza estoica es cosa a la que juntamente son atribuibles pensamiento y extensión"? ¹²⁴. Lo cierto es que el alma tiene una función gnoseoló-

gico-moral. Para los estoicos es un fragmento del cosmos y el cosmos es directamente divino y racional; para Spinoza es nuestra mejor parte y, aunque la base de la razón no sea tan clara ni su función tan holgada como en aquellos, ciertamente de ella dependerá también la posibilidad del conocimiento y, por consiguiente, de libertad.

12. El impulso primero, el conato y la razón

El impulso primero estoico y el conato spinoziano son los que llevan a todo ser vivo a guardarse a sí mismo o, lo que es igual, a perseverar en su ser, con conciencia de esto y de tal modo que tiende a rechazar lo dañino y a admitir lo conveniente. Son conceptos centrales, por ser explicativos del comportamiento de los seres vivos, aplicables al humano en particular. Nos permiten entender que en los humanos, todas las acciones responden naturalmente a un objetivo común (y en este sentido, comprendemos el porqué de la tendencia a los intereses egocentros, pero también por qué "los otros" pueden ser de provecho, en la medida en que contribuyan al mencionado objetivo). Permiten advertir que existe una conexión también natural entre el animal humano y su preferencia por ciertos objetos y estados. Por último, consideramos que constituyen una buena base para descifrar por qué el humano identifica la propia conservación con la felicidad y por qué en la teoría y en la práctica echa mano a cosas tan diferentes para lograrlo. Mas tanto la Stoa como Spinoza perciben la razón como requisito para conservarse.

Para los estoicos impulso primero y razón no se oponen, pues se otorga a esta un poder total sobre lo que puede proceder de aquel. El impulso puede desmesurarse sólo si no se ejerce la razón que por naturaleza tenemos para que lo dirija (los otros animales poseen impulso y sensación y no se "equivocan"). Por este principio es lógico que el fin del hombre sea vivir según la naturaleza, esto es, según la razón. Vivir según la razón equivale a la virtud, la cual es el único bien y bien supremo, además idéntica a la felicidad, y elegible por sí misma y no por miedo o esperanza. El bien se define como lo provechoso o útil y el mal como lo que aleja al humano del logro del bien supremo. Tenemos que lo que puede conducir al mal es una idea o un juicio falso acerca del bien o

del mal, un asentimiento dado incorrectamente o las "malas compañías". El mal, entonces, no es mera apariencia, por lo que si aleja al humano de la conservación de su ser, que es racionalidad, aquel debe extirparlo. El deber aquí posee su fundamento en el poder de la razón, que llega a la cima cuando ella está bien entrenada, esto es, cuando mediante el ejercicio adecuado asiente siempre sólo a juicios verdaderos.

Justamente en el lugar de mayor articulación entre la Stoa y Spinoza -el impulso primero y el *conatus* o deseo, esencia del hombre- es donde más se separan: para este, el poder de la razón es muy limitado para dominar lo que puede surgir del deseo. Y de la Stoa dice: "...creyeron que los afectos (*qua* pasiones) dependen absolutamente de nuestra voluntad y que podemos dominarlos completamente" (V, Prefacio). Pero estaban equivocados porque sobre ellos no tenemos -y no podemos tener- imperio absoluto. Sin embargo, Spinoza también se propone luchar contra el mal.

Es claro que con Spinoza no cabe hablar de que la naturaleza tenga fines. Es en vistas a un ideal de la razón -y no a un fin natural- que define el bien como lo útil para la conservación de nuestro ser, y el mal como lo contrario, al igual que los estoicos. Lo más útil para la conservación es la virtud (o la potencia) que consiste en conocimiento. De esta manera, la suprema virtud -equivalente a la suprema felicidad- es el supremo conocimiento. La virtud, entendida como vivir bajo la guía de la razón, debe buscarse por sí misma y no por otra cosa. Para Spinoza y para los estoicos la moralidad no puede depender de nada más que de la razón: no se contempla, por este motivo, la posibilidad de que se busque por premios o castigos (esperanza o miedo, en este mundo o en otro).

Nos alejamos de la virtud, debido a que tenemos ideas confusas, por asociar caprichosamente lo que nos agrada o desagrade con objetos que casi nunca son las verdaderas causas de nuestro estado; también e igualmente importante porque la fuerza por conservarse en el ser es muy inferior a la potencia de las causas exteriores. Pero no nos alejamos de la virtud sólo por lo anterior; debemos recordar asimismo que las pasiones no se desvanecen ante lo verdadero y por tanto un afecto únicamente puede ser reprimido o suprimido por un contrario y más fuerte y aun la fuerza del deseo que brota del conocimiento verdadero -en tanto que es él mismo un afecto- puede ser

superada indefinidamente por la fuerza de los deseos que surgen del montón de otros afectos que nos embargan. Pero esto no obstante, Spinoza también propone el poder -aunque relativo- de la razón como la base del deber. Ese es, de igual forma, el fundamento de los "mandatos de la razón" que hemos mencionado en el capítulo II.

13. Conocimiento y libertad

Tanto los estoicos como Spinoza hacen depender la libertad del conocimiento. El conocimiento es un proceso escalonado, cuyo núcleo está constituido por la fantasía cataléptica (base de los juicios verdaderos) y las ideas adecuadas (verdaderas) respectivamente. Para los primeros el recorrido va desde la mera representación sensible -fase pasiva- al asentimiento (fase activa), a la representación cataléptica y culmina en el conocimiento en sentido estricto. Según ellos la *phantasia* o representación debe distinguirse del *phántasma* o imaginación, que es una visión como las que tenemos soñando.¹²⁵ Existe una clase de representaciones a partir de las cuales es imposible formar un juicio falso: son las representaciones catalépticas, dotadas de una fiabilidad inmediatamente reconocible, de evidencia propia, base firme del conocimiento y criterio de verdad, aunque también puede ser criterio de verdad la noción común: la concepción natural de las características generales de una cosa. La noción común permite alcanzar nuevo conocimiento y la razón las tiene por base. El conocimiento es una aprehensión segura, indubitable, inalterable por ningún tipo de argumento, sólo poseída por el sabio. El sabio posee la verdad, mientras que el no sabio en ocasiones posee juicios verdaderos. En otras palabras, el no sabio no siempre es un necio. Lo contrario del conocimiento es la creencia, la opinión, o la ignorancia, pero la creencia es un asentimiento a veces "débil" (verdadero) a algo, a veces falso. Se habla de "debilidad" porque aunque es asentimiento a algo verdadero, el que asiente no tiene elementos para defenderlo. La ignorancia no necesita explicación. El asenso del sabio es "fuerte", sólido y voluntario. El es un dialéctico y por ello reconoce siempre lo verdadero y lo falso y sólo asiente cuando debe hacerlo. La verdad que detenta, forma un cuerpo coherente, no de meras impresiones, sino de sus causas y sus nexos. Por último, cabe reiterar que, en prin-

cipio, es posible salir de la opinión y llegar a la sabiduría, mediante un entrenamiento preciso de la razón. Y si se sale de la opinión, fuente de los juicios falsos de donde proceden a menudo las pasiones, se puede llegar a ser virtuoso, eliminando aquellas.

En Spinoza también encontramos opinión o imaginación y conocimiento racional, pero él va más allá de la razón, y la cúspide del proceso es la ciencia intuitiva. En el género imaginativo -en el cual el humano no actúa, sino que padece- está el origen de la falsedad, privación relativa de conocimiento. Se deja el reino de las ideas confusas e inconexas al pasar al género racional, cuyo fundamento son las nociones comunes. Tales nociones surgen porque todos los cuerpos concuerdan en ciertas cosas y las concordancias son percibidas por todos los humanos adecuadamente (es decir, en forma clara y distinta); como en los estoicos, las nociones antedichas desempeñan un papel sumamente importante en el conocimiento. Spinoza también presenta un fundamento sólido del conocimiento con su noción de idea adecuada: aquella que considerada en sí misma, en su naturaleza, posee todas las propiedades intrínsecas de una idea verdadera. De esta forma el conocimiento del segundo y del tercer género es necesariamente verdadero, porque está constituido por ideas adecuadas. La idea verdadera es el criterio de verdad, ya que está dotada de certeza suma. Y el que tiene una idea verdadera no puede dudar de que la tiene, por lo que la verdad es norma de sí misma y de lo falso.

El tránsito del primer género al segundo marca la posibilidad de sabiduría, pues no hay paso del primero al tercero, el cual representa la verdadera libertad y felicidad. Asimismo, la Stoa no concibe un salto de la mera fantasía al conocimiento. En ambos casos, la razón es origen de la sabiduría; eso sí, para los primeros ella es necesaria y suficiente, pero para Spinoza es tan solo necesaria.

14. Kazékonta y norma recta de vida

Las *kazékonta* estoicas y la norma recta de vida de Spinoza fueron enunciadas con el mismo objetivo: proveer al hombre con una norma de conducta, para que prevalezca la razón mientras persigue la sabiduría.

Las *kazékonta*, es decir, las acciones adecuadas o convenientes a la naturaleza, tienen por

principio al impulso natural. Son las de un ser racional, que puede cuidar su propia vida y la ajena como, por ejemplo, honrar a la familia, velar por la salud y los sentidos. Spinoza, por su parte, propone que en tanto no tengamos un perfecto conocimiento de nuestros afectos, concibamos una norma recta de vida, unos principios sólidos, y que los recordemos y apliquemos todos los días: compensar el odio con amor, luchar contra la ira, vencer el miedo. Y a no dudarlo, estos principios tienen también su raíz en el deseo de conservarnos en nuestro ser.

15. Determinismo, libertad y responsabilidad

Los del Pórtico y Spinoza conciben al humano como parte de la naturaleza y a esta regida por causas necesarias. "...todas las operaciones que proceden de cada ser son ejecutadas por este según su propia naturaleza (...) y nada de cuanto una cosa hace según su propia naturaleza puede hacerlo de otra manera..."¹²⁶ Y "...a la naturaleza de cada cosa no le corresponde más que lo que se sigue necesariamente de su causa dada..."¹²⁷ Todo en aquella obedece a causas, incluidos nuestros actos y, por consiguiente, no cabe hablar de libertad como un fenómeno incausado. Los primeros definen la libertad como "la potestad de obrar por sí" y el segundo llama libre a "lo que existe por la sola necesidad de su naturaleza y es determinado por sí solo a obrar". Se trata en los dos casos de aspirar al gobierno de uno mismo mediante ciertas causas y entonces el problema estriba en establecer a qué tipo de causa se obedece (y no en no someterse a ninguna).

Crisipo propone las causas perfectas y principales (que dependen de nosotros y son internas) y las auxiliares y próximas (que no dependen de nosotros y son externas). "El israelita" propone causas eficientes, internas o externas, adecuadas o inadecuadas. Una causa es adecuada cuando su efecto puede ser percibido clara y distintamente en virtud de ella misma; es inadecuada o parcial cuando su efecto no puede entenderse por ella sola.

Se puede decir que ambos atribuyen a las causas externas al menos parte de los males humanos, aunque para ninguno la naturaleza es directamente mala: para los del Pórtico los movimientos de ella nunca son torcidos y para Spinoza

nada ocurre que pueda ser atribuido a vicio de la naturaleza. Los estoicos, recordemos, dicen que el racional se puede descarriar por el impacto de la diversión en nuestros sentidos, las "malas compañías". Según Spinoza ningún mal puede sobrevenirle al humano si no es por causas exteriores. Pero ninguno clasifica todo lo externo como "malo".

La actividad del impulso primero, como la del deseo, obedece a una causa externa: auxiliar y próxima, y eficiente y adecuada respectivamente. "Cuando una piedra levantada en alto es puesta en libertad, caerá (...) por llevar en sí misma la fuerza de la gravedad; al igual, los seres vivos tienen un movimiento natural (...) que proviene de la *heimarméne*." "Una piedra recibe de una causa externa, que la impulsa, cierta cantidad de movimiento con la cual, después de haber cesado el impulso de la causa externa, continuará necesariamente moviéndose (...); si la piedra fuera consciente de su conato -e ignorante de la causa de su movimiento- creerá que persevera en él porque así lo quiere..."¹²⁸

El hado/naturaleza o la naturaleza son causa del primer movimiento de las cosas, no obstante para la Stoa los actos de nuestra mente caen bajo la dirección de nuestra propia voluntad. Nuestro asenso es voluntario: obedece a una causa perfecta y principal. Dado que el sabio sólo asiente a proposiciones compatibles con su virtud, es claro que su mente sólo tiene *phantasías* catalépticas. Está en posesión de la verdad y la verdad reviste el carácter de causa perfecta y principal de sus acciones y de la liberación de las pasiones.

Spinoza afirma que son necesariamente buenas las cosas de las que el hombre es causa eficiente y adecuada. Padecemos sólo por tener ideas inadecuadas: forjamos imaginaciones, esto es, experimentamos un afecto que implica la naturaleza de nuestro cuerpo y la de un cuerpo exterior. Odio y amor, nuestras pasiones recurrentes, se relacionan con la idea de una causa exterior. Pero en la mente existen tanto ideas adecuadas como inadecuadas y las pasiones no nos dejan sólo porque tengamos un conocimiento verdadero, sino porque él mismo es un afecto que puede ser contrario y más fuerte que aquellas. Y aun así, recordemos, la fuerza del deseo que puede originarse de este último afecto sólo puede ser medida por la razón (causa interior) en tanto que la de los otros afectos se mide por la potencia de las causas exteriores, que siempre es mayor. Por eso hemos

dicho arriba que la razón es causa necesaria, pero no suficiente, de la sabiduría. Se colige la urgencia del tercer género de conocimiento pues únicamente de él puede brotar el afecto más fuerte concebible y experimentable: el amor intelectual de Dios. Vale hacer notar que la definición de amor no ha cambiado: sigue siendo una alegría acompañada de la idea de una causa exterior. Empero, ya no es una pasión. Sólo el que posee la ciencia intuitiva es sabio en sentido estricto y, por lo tanto, libre en sentido estricto: su mente sólo tiene ideas adecuadas y es merced al amor recién mencionado que finalmente puede reprimir la concupiscencia. Pero esas ideas adecuadas ahora conforman un orden (*el orden*), un sistema, contemplado enteramente desde una cierta perspectiva de eternidad y se comprende que todo lo que es es en Dios. El alma es causa adecuada de tal tipo de conocimiento, y este, a su vez, es causa de que el sabio se autodetermine.

En lo que concierne a la responsabilidad, para los estoicos la acción no depende directamente del impulso primero sino del asenso; la adecuación de este sí depende del entrenamiento que le hayamos dado a la razón y este es voluntario; el humano es así responsable de los actos que provienen de su asentimiento. De acuerdo con Spinoza, nadie es excusable en relación con sus actos: los hombres malos son igualmente temibles y perniciosos cuando lo son necesariamente y de igual forma necesariamente son castigados. La responsabilidad queda explicada en ambos casos.

16. El sabio

Para ambos la libertad es autodeterminación y la esclavitud o servidumbre la privación de aquella. Razón y conocimiento son la base de la sabiduría, la cual es al mismo tiempo, libertad. Por la razón se distingue lo verdadero de lo falso, lo real de lo aparente, la idea adecuada de la idea inadecuada, y se comprenden los fenómenos por sus causas. Pero el conocimiento del sabio estoico como el del spinoziano, conforma un sistema coherente e indubitable (no hay el menor asomo de escepticismo); el sabio del Pórtico está en posesión de *la verdad*; el de Spinoza concibe las cosas en la naturaleza infinita y reconoce en ella la causa eterna de todas. En esta concepción de sistema que comparten, orden necesario y eterno del mundo, todo tiene su lugar y nada puede

acontecer en él de otra manera que como lo hace. Y es de la comprensión de la necesidad de donde nace, finalmente, la libertad. Aquel se yergue libre de pasiones, perturbaciones y dolores. El otro, gozoso, apenas sufre conmociones del ánimo. Ambos son libres y plenamente felices.

Ninguno es solitario: han llegado a comprender que estar acompañado aprovecha y por motivos afines: la amistad únicamente se da entre los virtuosos por lo que tienen de parecido; la amistad es tener cosas en común, por las cuales tratamos a los amigos como a nosotros mismos (DL 124). Ahora oigamos a Spinoza: entre las cosas fuera de nosotros las más excelentes son las que concuerdan por completo con nuestra naturaleza (...) nada más útil al hombre que los que se gobiernan por su razón. Estos no apetecen para sí nada que no deseen para los demás (IV, 18 E).

En punto a las conmociones, o afectos, que el uno no experimenta y el otro apenas sí lo hace, hay una que deseamos destacar: la compasión. El sabio estoico no es compasivo ni perdona, porque eso sería apelar a sus emociones, lo cual sería contrario a la razón (DL 123). Tanto para el que va por el camino de la sabiduría spinoziana, como para el que la alcance, la conmiseración es por sí mala e inútil. Esto porque el que siente conmiseración y se conmueve ante la miseria o las lágrimas ajenas, suele hacer cosas de las que luego se arrepiente: por no hacer algo que sepa con certeza que es bueno y porque las lágrimas falsas lo embaucan con facilidad (IV, 50).

Ha de notarse que aunque la Stoa y Spinoza consideran esencial al humano conservarse en el ser y que esta conservación depende del desarrollo pleno de la racionalidad, se separan en relación con el final de la existencia misma, esto es, la posibilidad del suicidio. El estoico puede quitarse la vida sin menoscabo de su virtud y aquí es preciso recordar que la vida, como la muerte, está entre las cosas indiferentes (*adiáphora*), aquellas que ni ayudan ni dañan necesariamente en relación con la virtud misma y la felicidad. Se puede suicidar por la patria o los amigos, lo cual, entendemos, es congruente con los supuestos éticos recién mencionados, en los cuales se basa, a su vez, su ideario cívico. Al igual, puede quitarse la vida por sufrir un dolor insoportable, mutilaciones o enfermedades incurables (DL 130). Pero es que él quiere guardarse a sí mismo, aunque no a cualquier precio; el precio que no pagará es la renuncia al imperio de su razón, particularmente

ocasionada quizá por los últimos motivos citados. Spinoza, por su parte, opina que los que se suicidan son de ánimo impotente y lo hacen completamente derrotados por causas exteriores, contrarias a su naturaleza (IV, 18 E). Al tomar en cuenta que aquellos son los paladines del poder de la razón y

prefieren la muerte antes que prescindir de ella -en eso les iría la libertad- y que Spinoza no pierden nunca de vista el poder relativo de la razón misma -por lo que es tan difícil alcanzar la libertad- no hemos podido evitar pensar que, en esto, es más estoico que los estoicos.